



María Guerrero en la obra de los hermanos Alvarez Quintero «Herida de muerte».

Fot. Alba

VARIOS ESTRENOS EN MADRID



Teatro Martín. Una escena de «La isla de los suspiros».

Fot. Alba

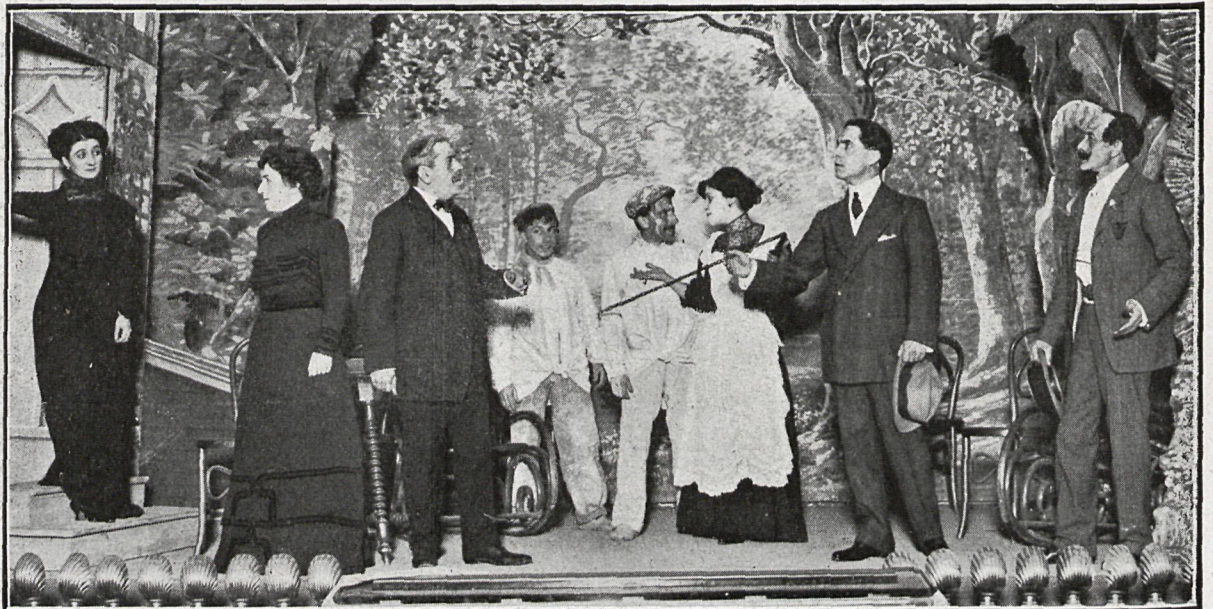
Los teatros por secciones van llegando al final de la temporada de invierno, por lo general con la misma buena suerte con que comenzaron. Entre los últimos estrenos, todos los cuales han sido del agrado del público, hemos de mencionar el de *La isla de los suspiros*, de los señores González Lara y Valverde,



Teatro de Novedades. Escena de los refrescos populares en «El fin del mundo».

Fot. Alonso.

en el teatro Martín; el de *El fin del mundo*, que sigue proporcionando llenos á Novedades, y el de *Vencedores y vencidos*, obra aplaudidísima del notable periodista D. Angel Caamaño, que fué estrenada en el coliseo Imperial, y por sus muchos méritos pasará pronto á escenarios de más alta categoría.



Coliseo Imperial. Una escena de «Vencedores y vencidos».

Fot. Alonso.

ESTRENO DE "EL SUEÑO ES VIDA,, EN LARA



Las Sras. Ruiz y Alba y el Sr. Simó Raso en una escena de la obra.

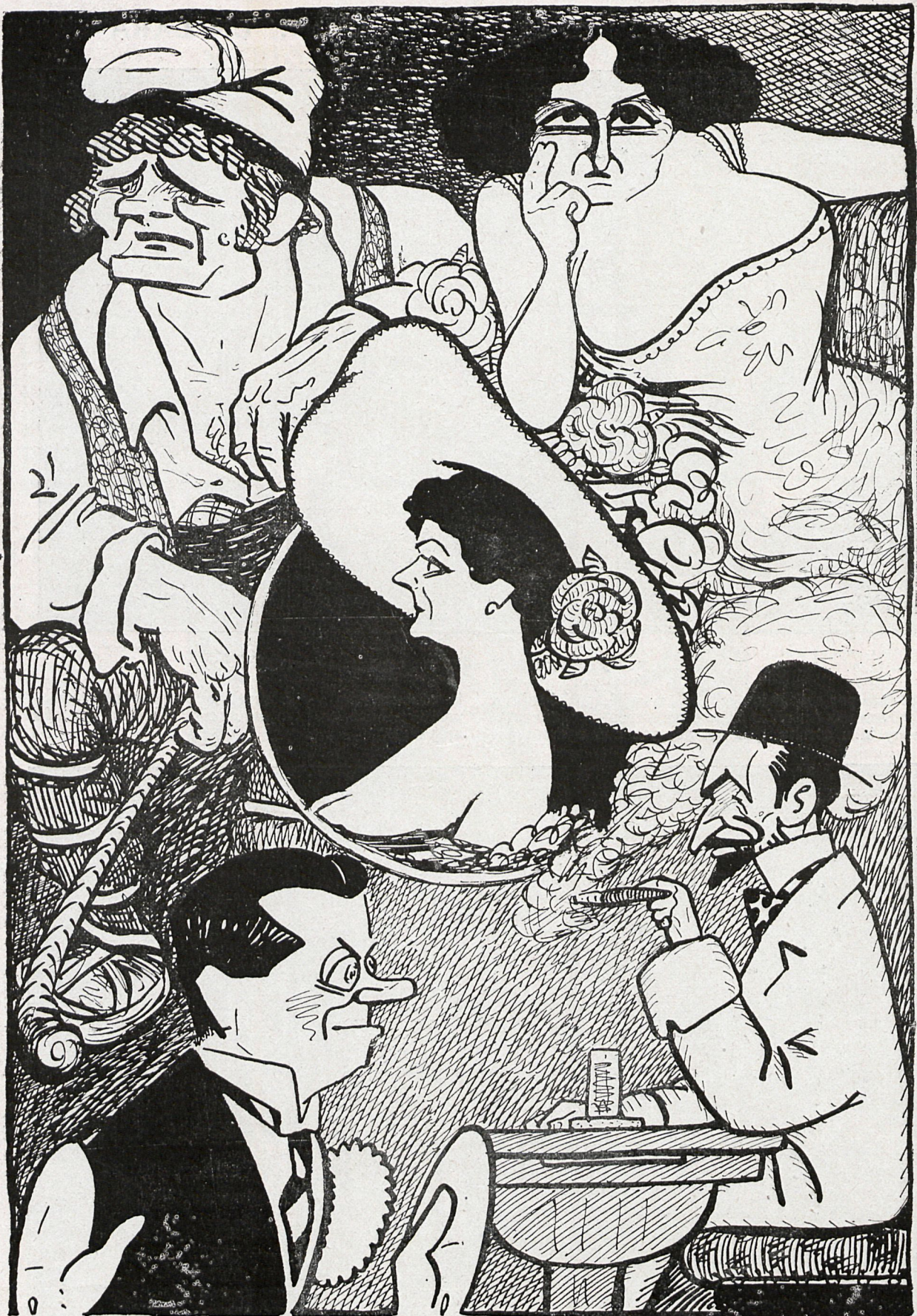
Como por separado decimos, en la Fiesta del sainete estrenó Antoñito Casero un entremés, como suyo, muy bien escrito, que fué acogido con aplauso por

la concurrencia y vió repetido el éxito al reestrenarse en Lara, en cuyo cartel continúa cada vez más aplaudido.



Otra escena de «El sueño es vida». Sra. Ruiz, Simó Raso y Sra. Alba

Fots. Alonso.



EL CONCURSO DE «EL TEATRO»

La candidatura triunfante: Borrás, María Guerrero, Elena Salvador, Santiago y Benavente.

F. S. Tresno



LA SEMANA TEATRAL



ASPECTOS DE LA SEMANA

EL TEATRO DE LOS NIÑOS.—EN LA COMEDIA.—«LA FIESTA DEL SAINETE».—EL BENEFICIO DE MARÍA GUERRERO.—«LA TRAGEDIA DEL BESO».—«LA REINA VIEJA».—OTROS ESTRENOS

Un enjambre de estrenos, entre los cuales ninguno representa un acontecimiento teatral, aunque muchos de ellos ofrezcan elementos varios de interés, brindan materia á esta crónica, que por la abundancia de asunto será poco más que un índice.

Siguiendo el orden cronológico, apuntemos la terminación de la primera temporada del Teatro de los Niños, que bien merecería una ojeada de conjunto. Todo se andará, si Dios es servido. De las dos últimas obras estrenadas no pude ver completa, por varias circunstancias que no son del caso, *La cabeza del dragón*, de Valle Inclán; pero las referencias que tengo la disputan por obra de delicada poesía y ágil ingenio, digna, en suma, de tal autor, y la parte que oí corroborara estos juicios: *El alma de los muñecos*, de Viu, es una obrita parecida á *La muñeca irrompible*, de Marquina, en el artificio, nada nuevo, que consiste en que los muñecos se truequen en personas; pero la obrita del Sr. Viu no logra mantenerse en el ambiente de infantilismo, propio de estas producciones y de su público presunto de niños. En ella reaparece el eterno drama sentimental de los payasos, de los acróbatas sensibles, demasiado humano, demasiado relacionado con el amor, para que pueda ser materia del sueño de un niño. ¡Vaya si es precoz y avisado el chiquillo de esta comedia, que sueña con histrionisas que se fugan y vuelven arrepentidas! Sería cosa de aconsejar á los padres del chico que vigilasen un poco sus lecturas. Tiene esta obra su correspondiente epílogo moral, recitado por un actor: Queridos niños, etc., etc. En la mayoría de los casos pesa este epílogo y no tiene razón de ser. Se explicaba en *El príncipe que todo lo aprendió en los libros* por tratarse de la inauguración del teatro infantil y

marcar esta obra una orientación; pero no hay que seguir tan al pie de la letra los ejemplos.

* * *

La fiesta del sainete no ha merecido en la brillante tradición de los espectáculos organizados por la Asociación de la Prensa. Fué una de esas funciones de gala en que se disputan los billetes y á las que se siente la necesidad de concurrir aunque no se tenga una desmedida afición al espectáculo; uno de esos puntos de cita en que se reúne de vez en cuando el todo Madrid de las fiestas, que tiene varios sectores y matices. El teatro de Apolo, adornado con plantas, reposteros y tapices, *patinado* á estilo goyescos, con alojerías y puestos de castañas, y guardado por alguacilillos decorativos, revelaba la mano de los artistas que anduvieron en esta plausible empresa. Por ser lujosa la función, lo fué hasta en la prodigalidad del espectáculo. Seis números dramáticos, un monólogo, un potpourri lírico de los cantables de moda, formaban un *menú* escénico de verdadera resistencia, algo así como los antiguos banquetes á estilo del castellano viejo de Larra, en que se sucedían platos y más platos, todos suculentos y substanciosos, hasta que el convidado quedaba á punto de estallar.

Bien se comprende que en esta prodigalidad influirían muchos motivos atendibles: el deseo de ofrecer al público un programa atractivo y que respondiera á la expectación, el de utilizar el generoso concurso de todos los artistas, el afán de hacer las cosas completas, apurando la materia, etc. Con todo, creo que habría bastado para un buen programa de la fiesta del sainete: un sainete clásico, otro elegido entre los mejores de los representados recientemente y otro nuevo, de estreno, con más la antología cantante de las zarzuelas y las tipos de moda, que es siempre un buen final de fiesta.

Estrenóse primeramente en la susodicha fiesta del sainete de don Tomás Luceño ¡*Cuántas, calentitas, cuántas!*, interpretado por la compañía del Español. Es un sainete clásico, una imitación acabada de los de D. Ramón de la Cruz,

hecha con discreción y finura literaria. Pero este género de sainetes de época, de majos y majas, pétimetros y comediantas, es hoy un género muerto, artificial, frío; una resurrección erudita, de asunto demasiado lejano para tener interés actual, demasiado próximo para tenerlo histórico, con más que el sainete ofrece corta materia para las evocaciones de la historia. Cosa, en fin, que tira á pintura de pandereíta ó abanico, y que para hacerla bien, como la hace el Sr. Luceño, requiere un esfuerzo y una atención desproporcionados con el efecto que obras tales producen en el público.

Un acierto fué la resurrección de *Providencias judiciales*, de Ricardo de la Vega, sainetero de más amplitud dramática, de más fina gracia y más penetrante observación de la vida que el buen D. Ramón, moderno patriarca del género, de quien pasajeras modas literarias quieren hacer una especie de Lope de Vega, olvidando la noción de las medidas y las jerarquías de los géneros y autores.

El entremés, de Casero, *El sueño es vida*, que ha pasado al cartel de Lara, es gracioso, animado, interesante en donaires en su primera parte; ¡lá-tima que después se haga algo pesado! Casero es un buen discípulo de López Silva, que va soltando los andadores y marcando su personalidad en la regocijada comedia plebeya. Pero el durmiente de esta obrita no debió despertar, y mucho menos intercalar un bostezo, propio del que se despierta después de dormir la mona, en un entremés que en las primeras escenas se había hecho dueño de la risa.

Otro entremés, del excelente escritor Pedro de Répide; *Cansados de vivir*, fué menos feliz. Ha debido de ser escrito de prisa, esbozando situaciones cómicas y tipos que, con más reposado y cabal desarrollo, habrían acaso conquistado al público. Algo le perjudicaría también el ir en cuarto lugar, hallando ya algo cansado al auditorio.

La primera conquista, de Arniches y García Álvarez, es un sainete contemporáneo muy entretenido, un apunte de costumbres que tiene gracia y acierto en la concepción de los tipos. Fué, en realidad,

la obra de la tarde. Y aun no se agota con esto el programa. Recitó luego Santiago el monólogo, ya conocido, *Los amantes*. Se representó el diálogo, de López Silva, *El Cometa*, que es como una caricatura chulesca de lo que menos podrá presumir el lector... de aquella filosofía de la *Abesse de Jouarre*, de Renan, que explica el desatarse de las pasiones en visperas de un cataclismo, y, por último, la Fons, la Mayendía, la Andrés, la Soler, combinadas en un apropósito, que tenía demasiado andamiaje, cantaron alguna de las canciones en que más se hacen aplaudir.

Los intérpretes de este extenso programa se hicieron una vez más acreedores al aplauso á que los tiene acostumbrados el público. María Guerrero y Carmen Cobeña, en papeles tan distintos de los de su género y repertorio; Loreto Prado y Chicote, las dos Albas, la Ruiz, Simó Raso, Vilches y los demás artistas, para no proseguir la enumeración, prestaron á la fiesta el valioso concurso de sus varias facultades escénicas.

* * *

En el beneficio de María Guerrero abundaron también los estrenos; fueron tres: *La tragedia del beso*, canto primero de un poema dramático en tres cantos, de Carlos Fernández Shaw, inspirado en la Divina Comedia; *La reina vieja*, de Guimerá, traducida por Danvila, y que en el cartel aparece sin designación de especie dramática, quizá porque el autor dudó en clasificarla. Es, en realidad, un drama ó comedia dramática, variedades que en algún punto se confunden, aunque luego las vaya separando la intensidad de las pasiones y la magnitud de los conflictos y catástrofes. El acompañamiento musical, del maestro Merera, no modifica el género de esta obra. El último de los estrenos fué un paso de comedia de los Quintero: *Herida de muerte*.

La presentación en escena de la primera de estas obras, aun viniendo después del fausto histórico de *Doña María la Brava* y *El drama de los venenos*, merece señalarse como un esfuerzo de arte y de buen gusto. La decoración del Infierno, una decoración de rojizas rocas peladas y vapores purpúreos, á través de los cuales se ven

desvanecidas las figuras de Dante y Virgilio, y de los condenados, como fantasmas, como sombras que apenas tienen realidad corpórea, es una maravilla. Parece un paisaje de



María Guerrero y Montenegro, en «La tragedia del beso».

un planeta extraño. Da la sensación de algo extraterrestre. Lo sobrenatural es muy difícil de representar en el teatro, más todavía ante un público dado á burlas y de escaso recogimiento en los nego-



María Guerrero y Allen Perkins en «La reina vieja».

cios del arte, como es el nuestro. Un infierno ridículo, con llamas y diablos como los que se veían en las antiguas láminas edificantes de

la muerte del pecador y otras tales, hubiera podido hacer naufragar la obra de Fernández Shaw desde las primeras escenas.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza se han distinguido siempre por el esmero en la presentación plástica de las obras: de corado, vestuario y accesorios de todas clases, y á su ejemplo se deben, en gran parte, los progresos que en este punto ha logrado nuestra escena. Al hacerlo, han mostrado ser verdaderos artistas. Hay comediantes que sólo atienden á la declamación, al gesto, á su ficción personal, olvidando que el teatro es arte complejo, de conjunto, no sólo de personajes, sino de ambiente y combinación de elementos. Aunque sea un arte menos personal, menos individualizado, y, por tanto, de menor lucimiento, tanto arte hay en disponer bien una escena como en declamar adecuadamente una tirada de versos.

La tragedia del beso es un acto ó canto suelto de una obra que se compone de tres y no puede ser juzgada por uno solo, aunque el episodio de Francisca de Rimini forme una acción independiente. En general, me parece aventurado presentar obras, no conocidas y representadas ya anteriormente, de esta manera fragmentaria. En la de Fernández Shaw hay un intento poético de alta aspiración y una forma rítmica de la cual pueden sacarse brillantes pasajes. A muchos poetas dramáticos modernos ha tentado el bello conmovedor episodio del Infierno de Dante; á D'Annunzio, hace poco; también á un poeta castellano, mediano en el teatro, pero excelente en la lírica, más y más pronto olvidado de lo que correspondía á su calidad, Vicente Colorado, que escribió su correspondiente *Francisca de Rimini*. En la de Fernando Shaw hay mucha poesía difusa y algunas hermosas escenas, pero el poema no acaba de cristalizarse en forma dramática.

La Reina Vieja, de Guimerá, es también otro elevado intento poético, inferior en la ejecución al pensamiento. Hay en esta obra muchos matices y linajes de poesía; la penetrante y melancólica poesía de las cosas muertas, que se llevó el tiempo; de los años idos, de las frescas impresiones juveniles ya marchitas y borrosas en el recuer-